

**Elogi del**  
**Sr. Miquel Barceló**  
**com a *doctor***  
***honoris causa,***  
**per José García**  
**Montalvo**

**29 de novembre del 2012**



**Universitat**  
**Pompeu Fabra**  
*Barcelona*

**M**e imagino que la pregunta que muchos os haréis es que hace un economista como yo en una situación como esta. Creo que al propio Miquel también le sorprendió, y seguramente le descoloco, el saber la profesión de quien hacía la Laudatio de su Honoris Causa. Lo cierto es que la cosa fue de lo más interesante.

El rector comentó en un Consejo de Dirección de la universidad que sería fantástico si nombráramos a Barceló Honoris Causa y a mí se me ocurrió decir, de forma instintiva, casi sin pensar: “yo por Barceló MA TO”. Y así es como he acabado hoy aquí delante de vosotros.

La verdad es que no calibré adecuadamente el pollo en el que me estaba metiendo. ¿Cómo se puede decir algo mínimamente original o diferente sobre un tipo que a los 25 años participó en la Documenta de Kassel? De alguien que a los 27 años ya había expuesto en el MoMA. De alguien que a los 29 años ya había recibido el Premio Nacional de Artes Plásticas. De un artista que a los 39 años ya había tenido una exposición retrospectiva en el Pompidou. ¡Una retrospectiva en el Pompidou! Del artista más joven que ha expuesto en el museo del Louvre. Del poseedor del Premio Príncipe de Asturias de las Artes y el Premi Nacional d'Arts Plàstiques. Del autor de la Cúpula del Mercat de les Flors, la Capilla del Santísimo de la Catedral de Mallorca o la cúpula de la Sala XX del Palacio de Naciones Unidas. Del considerado como más internacional de los pintores españoles contemporáneos. ¿Qué podía decir? Me asaltó la máxima de Wittgenstein en la versión de Colton: “cuando no tienes nada que decir, no digas nada” y acabar aquí la laudatio. Todo estaba dicho (largo silencio).

Con todo, como economista tengo una ventaja: no siento la presión de lo que pensarán mis pares ni mis compañeros de departamento. Si la Laudatio no alcanza el nivel de excelencia y la altura retórica e intelectual que se espera de un acto como éste siempre se podría decir eso de “bueno, que se podía esperar de un economista”.

A pesar de esta ventaja, aún tengo que decir algo. La forma más sencilla de evitar caer en los lugares comunes de una alabanza de Miquel Barceló es adoptar una aproximación más personal, incluso íntima. A los 16 o 17 años yo tenía pretensiones artísticas. Mi ilusión era ser pintor. Recuerdo que los amigos de aquella época que tenían las mismas pretensiones me llamaban con desprecio “el de los olores” por el tufo a trementina y látex que hacían siempre mis manos. Por cierto, ¿os habéis dado cuenta de lo bien que huele en esta sala? Solía reunirme con mis amigos para comentar lo último en lo que trabajábamos. La mayoría traía una cinta donde se bajaba los pantalones y se movía la polla. Uno lo hacía de derecha a izquierda; otros en círculos; otros de arriba abajo. ¡Aquello sí que era arte! ¡Y no olía! Yo pensaba que las performances de John Holmes si eran realmente prodigiosas. Y que ellos ni siquiera se habían untado el cipote en azul Prusia. Pero igual estaba equivocado. “La pintura no tiene futuro, ha muerto”

repetía todo el mundo con insistencia. O realmente vuelto a morir pues la proclamación de la muerte de la pintura se ha convertido en un episodio recurrente. Lo piadoso era enterrarla. Y yo finalmente cedí y me lo creí. Y aquí acabó mi carrera de pintor.

Tiempo después me topé con unos Barcelós. Todavía recuerdo la impresión de la primera vez que vi reproducciones de *L'amour fou*, *Atelier avec poisson* y *Peintre peignant le tableau*. ¡Dios Santo! La pintura no había muerto o, si en algún momento lo hizo, había resucitado de su putrefacción fortalecida y más intensamente expresiva que nunca de la mano de aquel joven mallorquín. Definitivamente me habían engañado. Aunque para mí ya era demasiado tarde, por cobarde. Lo más admirable de aquel Barceló era precisamente su desconcertante valentía, o inconsciencia que viene a ser lo mismo, al saltar al rescate de un arte menor y desahuciado. Y soportar esa carga sin desfallecer. En la Bienal de Venecia de 2009 era de los pocos artistas que presentaba pintura. Como habría dicho el crítico Vauxcelles: “¡Barceló au milieu des installateurs!”

Pero sin duda fue ver en directo *El paseíllu* por primera vez la experiencia que más fuertemente me impactó en esos años. Es difícil entender que se hagan catálogos de la obra de Miquel Barceló pues es imposible capturar su fuerza visual y gestual sobre una superficie plana y con la luz fija en una dirección. Mientras miraba *El Paseíllu* pensaba que aquella obra tenía vida independiente de su creador. Que daba lo mismo si su autor tenía una vida alegre o atormentada; que viviera en una gran mansión o malviviera en una habitación de una casa pequeña; que pagara el alquiler de su taller o no pagara nunca; que hubiera sido monaguillo o se hubiese comido todos los tripis que dejó un alemán; que leyera a Rimbaud en la soledad de un islote o se entretuviera con Mortadelo y Filemón; que hiciera el recorrido Barcelona-París-Nueva York o el tránsito Hospitalet-Mataró-Belcaire d'Urgell; que vendiera drogas para comprar pinturas o que las comprara con tarjeta de crédito. El impacto visual y la expresividad de las obras de Miquel Barceló no requieren del contexto del artista o de su vida aunque si del arte y la cultura.

En términos econométricos diríamos que su obra es un estadístico suficiente de su vida como en el caso de otros grandes artistas. Esto contrasta con otros dos jóvenes que también acudieron a la Documenta VII: Jean-Michel Basquiat y Keith Haring. Sin las circunstancias de su vida sería difícil entender el estatus de mitos que han adquirido, aunque morirse joven todavía ayuda bastante en los cánones imperantes en el mundo del arte y el espectáculo. Barceló lo había conseguido, y sin morirse cosa que tiene más mérito. Y se ha reinventado mil veces.

Miquel Barceló es un artista que ha sido capaz de moverse entre diferentes temáticas y fórmulas pictóricas, sin repetirse pero sin perder su identidad. Es capaz de pasar de *Le feu sur la plage* a *Le debut du film* en solo un año. Se ha atrevido con versiones de técnicas clásicas, como el trompe l'oeil, siempre con

un twist como en sus famosas sopas de magma matérico, o con géneros tan “demodé” como los bodegones y las crucifixiones, aunque sean de animales. Barceló es tan pintor que incluso cuando hace cerámica o escultura está investigando para aplicar las técnicas con posterioridad a su pintura. Su objetivo final es llevar la pintura a sus límites físicos con una economía gestual que lo situaría fuera de una frontera de posibilidades de producción de sensaciones, aunque esto sea conceptualmente imposible. Solo cuando aparece el Barceló “ingeniero” se produce una involución en el sentido contrario, en el que los avances en la investigación pictórica se utilizan para obras monumentales de gran dificultad técnica pero que desvían a Barceló temporalmente de los desafíos todavía pendientes en la pintura.

Al igual que Miquel hizo resucitar la pintura de su muerte anunciada también ha seguido este ciclo en su obra. La meditación sobre el paso del tiempo y la muerte es una constante en la obra de Barceló. Desde *Cadaverina 15* donde el tiempo transforma y proporciona una nueva identidad a los elementos orgánicos que rellenan las cajas, hasta los bodegones de *In Extremis* hechos a base de retales de lienzos destruidos que resucitan en forma de otra obra creada a partir de la descomposición de la primera.

Barceló reconoce que “pinta porque la vida no basta” y porque “la pintura es su forma de vida”. Pero Barceló también destruye y borra, aunque es una actividad de destrucción creativa en el sentido del economista austriaco Joseph Schumpeter. Emigra temporalmente para desintoxicarse de la saturación de imágenes y referencias culturales que asfixian al artista contemporáneo. Se borra y borra su obra. Hace un reset y resetea su obra. Destruye algunas obras fracasadas, e incluso algunas que le interesan. Pinta y despinta. Borra con lejía la negritud forzada de sus lienzos. Intenta retener el tiempo con veladuras infinitamente compactas que cubren hasta destruir la superficie, reteniendo solamente la experiencia del instante.

Como se puede comprobar en este punto mi capacidad para evitar los lugares comunes sobre Barceló empezaba a flaquear. Pensé en una estratagema. Barceló sostiene que “el arte tiene más relación con el azar que con ninguna otra cosa. El azar es determinante. Hay que saber reconocer en la vida diaria los hallazgos inesperados, hay que tener el ojo entrenado y estar atentos”. Miquel también ha dicho muchas veces que una obra no debe ser el resultado de una idea preconcebida sino que es la obra la que crea las ideas y da sentido a las cosas. En cierta forma es como la teoría matemática del caos aplicada a la pintura.

Utilizando una aproximación similar de azar creativo me dispuse a preparar el siguiente apartado de la Laudatio: elegiría un artista del siglo XX e intentaría establecer un diálogo en el cual el elegido destacaría algún aspecto de la obra de Miquel de la forma más ajustada posible a su pensamiento y su obra. Si

el artista X hubiera conocido la obra de Barceló, ¿que habría opinado? Pensaba que como Miquel ha conocido a la mayoría de los grandes artistas de la segunda mitad del siglo aquello sería una tarea sencilla. Cogí mi *Oxford Dictionary of 20th-Century Art*, lo lance al aire y lo recogí por la página por la que aleatoriamente había quedado abierto. ¡Horror! ¡La 184! ¡Qué mala suerte! ¡Marcel Duchamp! Ahora sí que la había cagado. Era el momento de abandonar. Por un segundo pensé en disimular y volver a lanzar el libro pero el propio Barceló nunca lo habría hecho. Seguro que lo habría intentado y, si el resultado no era satisfactorio, lo habría destruido para crear otra obra a partir de los retales de las ideas que hubieran ido surgiendo. No podía fallarle. Pero es que casi cualquier otro nombre habría sido más fácil. ¿Qué pensaría Marcel Duchamp? Duchamp, el epítome del artista total, una referencia fundamental del arte del siglo XX. Pero también uno de los asesinos confesos de la pintura. El artista antirretiniano por definición. Una visión superficial tendería a concluir que Duchamp quizás no apreciaría demasiado la pintura de Barceló. De hecho ambos siguieron trayectorias diametralmente opuestas. Duchamp empezó pintando, actividad que abandonó radicalmente para pasar a otras labores más conceptuales y sus famosos “readymade”. Finalmente abandonaría toda actividad artística durante 25 años, al menos aparentemente si recordamos el *Étant Donnés*. Miquel comienza su carrera con obras conceptuales como la potente *Cadaverina 15* para moverse con posterioridad hacia la pintura. El trabajo con otras técnicas como el barro y la cerámica es solo un medio para seguir investigando en las posibilidades de la pintura.

Duchamp, Barceló... algo tendrían en común. Si, sus madres pintaban. Bueno, por algo se empieza. Dore Ashton, la crítica del NYT que publicó recientemente un libro sobre Barceló también había escrito en 1995 un ensayo titulado *Rencontre avec Marcel Duchamp*. Además Barceló, igual que Dalí y Miró, había rendido un tributo a Duchamp con su *Desnudo subiendo la escalera*. Esto ya eran más que coincidencias.

Ésta podría haber sido una entrevista a Duchamp sobre Miquel Barceló:

P: ¿Conoce a Barceló?

R: No he tenido la posibilidad. Me han dicho que tiene unos cuadros de mi amigo Picabía colgados en su casa. Me parece una excelente elección.

P: ¿Ha oído hablar de su obra?

R: Algo he oído. Recientemente parece ser que tuvo algunos problemas técnicos con una cúpula que le llevó bastante tiempo. ¡Qué me va a contar a mí, con lo que pasé con “Le Grand Verre”! Sus “cosas” parece que sorprenden bastante. Eso me gusta: una obra que no sorprende no vale la pena. Es una pena que le interese Rimbaud. Creo que Mallarmé es mucho más interesante.

P: Pero, es pintor.

R: Bueno, los pop me gustaron bastante. También los surrealistas tenían una parte retiniana pero su última intención estaba por encima de eso. Lo que me irritaba es lo simplemente retiniano. Además creo que Barceló ha dicho que el arte tienes más relación con el azar que con ninguna otra cosa. La idea del azar también me interesó, y mucho. Mi intención era olvidar mi propia mano puesto que, incluso tu mano es producto del azar.

P: ¿Hay algo que destacaría?

R: La subrogación que hace de su tarea de creador. Me dijeron que ese chico ponía materia orgánica en cajitas para que la putrefacción hiciera su trabajo. Que dejaba a unas termitas trabajando en Mali y se volvía a París con la ensoñación de vivir una vida paralela en la que creaba en los dos sitios. Que tira lejía a cuadros en negro para que el líquido y el tiempo hagan parte de su trabajo. La verdad es que yo siempre fui bastante perezoso y la idea de pensar que alguien pueda hacer el trabajo que yo tendría que hacer me resulta muy sugerente. Mi arte siempre consistió en vivir. ¿Ése Barceló es de los que acepta los premios?

P: Si, le han dado muchos.

R: Bien hecho. Rechazar premios es ridículo.

Para conseguir la transitividad en la obra de Dore Ashton solo haría falta completar la trilogía con un *Rencontre de Marcel Duchamp avec Miquel Barceló*.

Pero, ¿qué conversación habrían tenido Duchamp y Barceló si se hubieran encontrado en Mallorca? Ninguna. Creo que Duchamp habría puesto una ensaimada encima de una mesa y Barceló habría golpeado el cabello de ángel con el puño, con los dedos, con los nudillos, poniendo unos tomàquets de rama en medio hasta crear el *Paseillo Redux (versión 2012)*.

En resumen, Barceló a lo largo de su obra ha mostrado una asombrosa capacidad para explorar los límites de la pintura desde un conocimiento exhaustivo de la tradición y en constante diálogo con la misma, en línea con los grandes creadores artísticos. Siente la curiosidad por descubrir pero también la angustia de la búsqueda. Igual como cualquier científico. Le atraen los límites. Reivindica el derecho al fracaso como un derecho fundamental del artista por qué “solo si hay posibilidad de fracasar hay posibilidad de avanzar”. En este sentido es un creador en la frontera del arte plástico y, como tal, se ajusta perfectamente al ideal de vocación investigadora que es la seña de identidad más importante de la Universitat Pompeu Fabra. Además suscribe el dicho, atribuido algunas veces a Picasso, y fundamental también en la investigación científica: la inspiración existe pero te tiene que pillar trabajando.

Barceló ha sido un gran renovador de la pintura de los últimos 30 años a partir de un procedimiento de creación artística, anárquico en lo superficial pero metódico en lo esencial, y firmemente enraizado en la tradición. Ha tenido la valentía de cambiar de técnicas y géneros artísticos sin miedo a perder la identidad y sin buscar una marca predefinida. Ni cruces ni muñequitos, ni sombreros ni meninas.

Sin miedo a estar en crisis permanente ni a las contradicciones que, en su obra, son más imaginarias que fácticas. Por todos estos motivos apoyo la investidura de Miquel Barceló con el título de doctor honoris causa por la Universitat Pompeu Fabra.

Me gustaría acabar como empecé, en más términos personales. Mi resumen es simple: que me gusta Barceló. Que me emocionan las “cosas” que hace el “pagès matic”, como le define mi amigo Alex Lobo. Qué preferiría ver sus nuevas obras a ir a ver un partido del Barça. Por qué soy un Barcelonista convencido, entregado, incondicional. Pues eso, que por Barceló MA TO.

HIS DE CAUSIS, PETO GRADUM DOCTORIS HONORIS CAUSA DOMINO

MIQUEL BARCELÓ

Muchas gracias

*José García Montalvo*

Catedràtic del Departament d'Economia i Empresa

